

UN MAR PARA EMILIA: ERGUIRSE EN DEFENSA DE LA PALABRA ATROPELLADA

Apuntes para pensar la lectura de literatura como derecho cultural.

Prof. Mauricio Emiliano Coudert

- LECTURA I: El poeta y el mar – María Wernicke. Editorial iamiqué – Kalandraka

Primera parada: la incurable otredad que padece lo uno / Por una Pedagogía de la pregunta

“El primer lector es ya un heredero. ¿Voy a ser leído? ¿Escribo para ser leído? (...) La condición para que pueda haber herencia es que la cosa que se hereda, aquí, el texto, el discurso, el sistema o la doctrina, ya no depende de mí, como si estuviera muerto al final de mi frase (...) la cuestión de la herencia debe ser pregunta que se le deja al otro: la respuesta del otro”.¹

Empiezo con un pedido: Sean fielmente infieles con la herencia. Interpelen, deshagan, deconstruyan, desarmen. Pongan al desnudo las estructuras de estas palabras que van a escuchar, de esta experiencia/retrato que vengo a compartir para poder traducirlas a sus propias prácticas. Estas palabras son una invitación, para que pensemos juntos/as, son una invitación a suspender las certezas desde las cuales resolvemos la preguntas sobre lectura, literatura e inclusión.

Nos dice Antonio Machado, citado en el libro “El laberinto de la soledad” de Octavio Paz: *“Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si al fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar, subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con e poética no menos humana, que la fe racional, creía en lo otro, en la esencial heterogeneidad del ser, como dijéramos en la incurable otredad que padece lo uno”.*

Somos memoria, somos historia, somos tejidos colectivos de sueños, miedos, frustraciones y esperanzas. Somos herencia y disonancia. Somos razón e impulso, somos lenguaje y silencio, somos miradas y pasos. Somos porque somos con otros/as, junto a otros/as, unidades indisociables de la otredad incurable que “padecemos” en este mundo que habitamos. Somos hospitalidad, abrazo, refugio, marea y puerto. Pero también somos distancia, prejuicio, nubes, dudas y preguntas. Esto que somos, es un estar siendo. Y las palabras, como humana condición, porque permiten nombrar lo innombrable, son herramientas poderosas para erguirse en defensa de un mundo donde todos los todos quepan en el todo social.

¹ Skliar Carlos y Frigerio Graciela (comps.). “Huellas de Derrida. Ensayos pedagógicos no solicitados”. Editorial del estante. 2005. Buenos Aires.

Me pregunto, como educadores/as ¿Qué pensamos del otro? ¿Qué representaciones sociales tenemos sobre ese otro en el acto de educar? ¿Nos erguimos frente a la palabra atropellada? ¿Creemos en la educabilidad de todos y todas? ¿A quiénes queremos incluir y dentro de qué? Si colocamos el concepto de diversidad bajo sospecha, tomando los aportes de Carlos Skliar y Silvia Duschatzky, pienso en voz alta... cuando decimos especial: ¿Qué implica que haya otro que no lo sea? ¿Qué tiene de especial lo especial? ¿Qué impactos en términos de jerarquización o privilegios tiene el “uno” sobre el “otro” en instituciones educativas? René Descartes, en su libro “Meditaciones Metafísicas” incorpora el concepto de la “duda metódica” que estimo podríamos incorporar como herramienta para distanciarnos de nuestras prácticas y discursos. Cuando nuestras opciones parecen estar claramente determinadas y parecen imponerse de modo ineluctable / ineludible, siempre nos queda la posibilidad de decir NO, de resistir, de suspender nuestro juicio o decidir obrar de otro modo. Y esto es un profundo acto de voluntad y por ende, de libertad. Michel Foucault en el artículo “Crítica y Aufklärung” (ilustración), sostiene que la actitud crítica es una virtud que nace con la pregunta por lo que es y lo que podría ser o no ser. Es el arte de la indocilidad reflexiva, de la inservidumbre del pensamiento, es la develadora de la relación poder-sujeto-verdad, para no ser gobernado de cierta manera bajo ciertos discursos que constituyen ciertos “ideales del yo”. La crítica es absolutamente indispensable para toda transformación o emancipación, donde el horizonte sea seguirse en defensa de los que no tienen voz, de la palabra atropellada.

Por eso, en primer lugar me gustaría poner sobre la mesa que para hablar de inclusión, hay que poner en tensión nuestros estereotipos instituidos por las relaciones de poder que se tejen desde los discursos, las relaciones sociales y las diversas acciones que acontecen en los escenarios en los cuales caminamos. Esta actitud crítica – de duda metódica, nos permitirá sacar a flote los prejuicios desde los cuales muchas veces se intenta homogeneizar la alteridad / la diferencia / lo especial, donde para poder formar parte de la diversidad cultural "bien entendida" y "aceptable", debe desvestirse, des-racializarse, des-sexualizarse, despedirse de sus marcas identitarias, ser como los demás, normalizar la anormalidad. El estereotipo, el sentido común, no es ingenuo y se constituyen en sistemas de significación que le dan inteligibilidad al mundo. Contiene formas opresivas de control sobre los cuerpos, o Biopoder en términos de Foucault.

Y entonces ¿Qué hacemos en la escuela con estas ideas frente a esta lógica binaria de construir el mundo? ¿Quién y cómo se determina esta frontera identitaria? ¿Con qué intencionalidades se proponen estas clasificaciones que licúan o disuelven las heterogeneidades del ser? En primer lugar, considero que es importante pensar que hay algo de nuestro dispositivo escolar que no está funcionando para las subjetividades de los actores sociales que intervienen en todo proceso educativo escolar: alumno/a, docente y familia. Tal vez, sea un buen momento para empezar a gestar profundas y sostenidas inversiones en materia de investigación educativa que nos permitan tener una lectura de la realidad, un mapeo sociohistórico, con claras definiciones de un proyecto político que rompa los cánones

meritocráticos impuesto por nuestros sistemas de distribución (si es que las hay) de la riqueza. Como afirma Dubet, lo más justo sería que cada uno pueda tener una educación a su medida y que la igualdad no sea sólo en el punto de partida, sino en el de llegada. Esto implica una redefinición macropolítica del ideal de la sociedad que deseamos. Si coincidimos en ello, si caminamos por la misma vereda, pues podremos empezar a pensar la igualdad en término de oportunidad educativa. No hay oportunidad sin inversión, no hay igualdad sin decisión política de sostenerlo y no hay camino posible que no sea el de apostar a un Estado garante de los derechos de todos y todas.

Ni abstención pedagógica, ni fabricación de las infancias, la tarea de la educación es movilizar todo lo necesario para que el sujeto entre en el mundo, sea obra de sí mismo, heredero de una historia, capaz de comprender el presente y reinventar el futuro. Todo sujeto es capaz de educación (Philippe Meirieu lo denomina principio de Educabilidad). Es un principio ético y una certeza colectiva, una confianza arraigada en los sujetos, una profunda convicción social que postula que todos los niños pueden ser logros. Imaginar una clase, un aula como ámbito de aventuras donde en cada cruce de caminos se presentan nuevos descubrimientos y donde, una y otra vez, se encuentra a un “conejo que saca un reloj del bolsillo del chaleco” y que nos obliga a interrogarnos sobre nosotros mismos, donde hay que reactivar el deseo cuando éste tiende a dejarse absorber por el imaginario de un adulto que nunca tiene realmente del todo ganas de que el niño crezca y se le escape. Educar es pues, introducir en un universo cultural en el que los hombres y las mujeres han conseguido amansar en cierto punto la pasión y la muerte, la angustia ante el infinito, el terror ante las propias obras, la terrible necesidad y la inmensa dificultad de vivir juntos. *Es saber donde uno está, reconocerse y decidirse.*

Si somos capaces de mantenernos en estado de vigilancia epistemológica, para que los discursos “políticamente correctos” no nos tapen el bosque, seremos capaces de pensar procesos genuinos, microcósmicos, de raíz, para que cada alumno y alumna de nuestras escuelas encuentre en sus docentes puentes y trampolines para fortalecer e intensificar su camino de construcción no solo como lector o lectora, sino como ciudadano protagonista. Esto implica asumir que la infancia es presente y no solo futuro o devenir. No hay –sostiene Andruetto– mejor definición para la docencia que ofrecer *“un puente por el que transita un saber recibido, procesado en el crisol de lo más personal, puesto en discusión en el espejo refractario de la propia ideología, para pasarlo luego como un saber que se desea legar a los que llegan”.*

Afirma Luis María Pescetti, que debemos reconocer los propios límites, en el más humano de los sentidos: *“esto que ocurre soy yo, acá termino yo, ahí empieza la escuela, este alumno aquel alumno, ahí empieza otro”.* Basta con no encastrar de nosotros a la identidad del pequeño que tenemos enfrente. Hagamos como un medium honesto: *el día que no oigamos nada, no inventemos mensajes sólo por seguir haciendo creer que oímos más allá. Así, con higiénica prudencia: no invadiremos la identidad de otro.*

- LECTURA II: La palabra y la honra. Liliana Bodoc.

Segunda parada: la lectura de literatura como derecho cultural

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla. Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando. Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura. Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

—¡Ayúdame a mirar!

Eduardo Galeano

¿Cómo se convierte alguien en lector?

Se trata de una pregunta difícil de responder, como tantas otras que se relacionan con la formación. No hay respuestas únicas. Sin embargo, en toda biografía de lector siempre hay un momento en el que se narra, como una suerte de rito, el instante en el que alguien nos abrió para siempre las puertas al mundo de los libros. Entonces, una respuesta posible a la pregunta inicial es que nos hacemos lectores en nuestros encuentros con otros. Y claro, también, en nuestros encuentros con los libros.

La formación de lectores requiere contacto con los libros, frecuentación y exploración de la biblioteca escolar y del aula y, de ser posible, de otras bibliotecas o de librerías.

¿Con qué tipo de Literatura trabajar?

Una literatura que no busque transmitir una enseñanza o un mensaje de modo directo, pero que nos puede dejar pensando porque nos hace ruido o cosquillas, o porque se ríe de cosas que parecen muy serias o ironiza el terror, o parodia la circunspección o humaniza a la bruja. En definitiva, se trata de textos que producen rupturas y soportan la ambigüedad, particularidad que interesa a los lectores pequeños siempre dispuestos a armar pactos con lo extraño, lo ilógico, lo absurdo.

En resumen, es importante que los textos que elijamos impulsen en el lector la posibilidad de construcción de sentidos. Como lo dice el escritor Ricardo Mariño (2004): “Desconfía de los cuentos y novelas que sirvan para enseñar algo muy concreto. Si el libro demuestra claramente que los dientes deben cepillarse todas las noches, que no hay que discriminar a los asiáticos y que

los enanos son personas, probablemente no tenga mucho valor literario. Las grandes obras literarias no enseñan nada, al menos no directamente y, al contrario, crean encrucijadas que provocan más preguntas que respuestas”.

Tercera parada: sembrar de Literatura la Pedagogía.

- **Lectura III: Un mar para Emilia. Liliana Bodoc.**

EL TALLER LITERARIO COMO DISPOSITIVO PEDAGÓGICO DE FORMACIÓN DE LECTORES/AS

MARCO CONCEPTUAL: María Teresa Andruetto y Liliana Lardone. El taller de escritura creativa en la escuela, la biblioteca, el club. Editorial Comunicarte, colección Pedagogía y Didáctica. Buenos Aires. Julio 2014.

“Acaso pudiera recorrerse toda la historia del pensamiento pedagógico como una historia de la desconfianza hacia la experiencia salvaje, no controlada, de la literatura. Y de la invención de mecanismos para conjurar sus peligros. Jorge Larrosa” (Pág. 11).

El cuerpo necesita emocionarse para poder aprender. Sin emoción no hay deseo, por ende la pasividad del alumno frente a una actividad “bancaria” no genera transformaciones en las estructuras del pensar. Menos aún en el plano emocional, los cuales condiciona o bien obstaculiza. El cerebro es un órgano social que necesita del contacto con otros y del protagonismo de quien pretende aprender para que esto acontezca.

Pensar talleres literarios: La idea de taller es gestar un espacio atravesado por la búsqueda, el descubrimiento y el placer. Un lugar de expresión de la palabra, de exploración hacia nuevos modos de leer y escribir. La palabra en este sentido, es una herramienta de liberación de emociones, para romper con lo uniforme, lo preestablecido, lo oficial o escolarizado.

El taller debe ser espacio de expresión, buscando ser sitio de creación donde todos participen, cada uno dentro de sus posibilidades.

La literatura, como arte, es un lugar donde se habla de lo que importa, frente a los no lugares de la sociedad moderna. Es ese fruto extraño, de la cual muchas veces solo se conoce la cáscara, de colores y texturas tentadoras, pero no su jugo, su interior. “Es difícil saber sólo por la cáscara si en un fruto se halla el gusto que se desea” (Pág. 16).

La literatura infantil debe ser sitio de resistencia ante lo vacío y banal. ¿Cómo introducir la literatura al espacio escolar? En primer lugar la seducción, para despertar el interés, desde el conocimiento del coordinador como lector convicto y confeso, modelo confiable y respetado. Además el conocimiento para seleccionar el material y las estrategias didácticas. Por último la

astucia, como mediador idóneo el coordinador encontrará la manera de crear un sitio de libertad en el que la lectura lleve naturalmente a la expresión.

“¿Qué es lo que hace que un proyecto sea creador? En primer lugar, que sea libre” (Pág. 20). Hay que tener en cuenta que madurar momentos de lectura y escritura con los chicos llevará por caminos insospechados y sorprendentes. Trabajar con el lenguaje como si fuera arcilla, para sentir la experiencia de escribir como celebración de la vida. Debe ser oportunidad para acceder a materiales que de otra forma no se accedería.

Aproximaciones metodológicas para pensar la estructura de un taller literario:

El **espacio** debe ser cálido, abierto y distinto. Que estimule, cobije, afirme, sorprenda y provoque. Se debe ganar la confianza del grupo, atraer, entusiasmar, animar. Trabajar con la modalidad taller, es estimular el hacer, para que cada aprendizaje sea un descubrimiento tras otro, donde nada es seguro salvo el deseo de decir a través de la escritura.

El **tiempo** óptimo es un encuentro semanal, de una o dos horas según la edad de los participantes. Sostener esto con sistematicidad, permite darle fortaleza al proceso.

El **clima**, debe ser de espacio abierto donde tengan cabida los cuestionamientos, los desvíos, lo imprevisible y que haya libertad de acción para todos. Atmósfera de escucha, opinión, respeto para disentir, coincidir y argumentar. Un lugar de sensibilización donde se expanda lo emotivo, imaginario y lúdico a través de la resolución de una situación problemática.

El **coordinador** debe propiciar la horizontalidad del espacio.

Los momentos de trabajo, se pueden dividir en:

I) **Motivación (5 a 10')**, donde lo relevante es crear un clima que provoque el deseo de expresarse, aportando diversos estímulos.

II) **Consigna (5')**: Esta debe problematizar, debe ser escueta, que provoque el deseo de resolver dicho problema. Gestar la salida de lo convencional o común, enemigos de la libertad creadora.

III) **Escritura (10')**: Rápida, espontánea y creativa. Despreocupada de las exigencias pedagógicas y normativas. El tiempo debe ser breve, un tercio o un cuarto del total del taller.

IV) **Lectura (10')**: Lo ideal es que todos tengan la libertad y la posibilidad de compartir sus escritos. Respetar a aquel que desea no hacerlo.

V) **Cierre (5 a 10')**: ¿Cómo se sintieron? Evaluar el proceso y tal vez darle fin con un texto es oportuno para sentir que las palabras acompañan más allá del acto de escribir.

La importancia de lo raro en la lectura de Graciela Montes:

La lectura incluye la rareza y el azar. En la historia del lector hay siempre contactos inesperados, atajos, desvíos, situaciones desconcertantes, extrañas casualidades. Basta pensar que muchos de los libros más importantes de la vida se los ha encontrado uno revolviendo al tuntún en una mesa de saldos, o equivocando el estante de una biblioteca... La rareza y el azar no son defectos, son fuente de salud, y deberán preservarse para que la lectura —la experiencia particular, personal de "el que lee", al que suele llamarse "lector"— no se malogre. El lector tiene derecho al azar —tiene derecho a desviarse de la necesidad— a partir del momento en que acepta el riesgo de leer. Puesto frente al texto, puede permitirse *errar*, en su doble significado de vagar a su aire y de equivocarse, aunque eso suponga contradecir lo establecido de antemano, el orden. Es imprevisible el modo en que dará con el ogro y le arrancará al menos una pluma, y esa imprevisibilidad debe ser bienvenida. Si la imprevisibilidad y la feliz casualidad desaparecieran, la lectura del lector, como el rey del cuento, moriría.

Esto va en serio. Es una metáfora, pero las metáforas son cosas serias: cualquier acción de lectura —un plan de lectura por ejemplo, una cartilla de recomendaciones, o cualquier forma de animación o promoción o auspicio de la lectura— será respetable solo si no se mete con las plumas del ogro. Las plumas del ogro pertenecen al lector, forman parte de su empresa. Deberán ser descubiertas y arrancadas por él, pertenecen a su esfera de poder y están fuera del alcance del poder de otros, más allá de cualquier intento de administración o control de la lectura. Y pertenecen al lector porque es el lector el que corre los riesgos. Como en el cuento, leer también es no ser devorado. Para no ser devorado el lector *hace* su lectura. Acepta el desafío del texto —su oscuridad, sus escollos, sus engaños— y responde a ese desafío desplegando sus propias técnicas, sus ardidés. No es pues un ingenuo, un inocuo, un receptáculo vacío. El lector tiene poderes. Sólo que su poder se manifiesta en el curso de la experiencia, precisamente allí: cuando se está leyendo. No es un poder a priori, un privilegio, sino un poder en ejercicio, histórico, el poder que tiene el que juega mientras está jugando o el que trabaja mientras está trabajando, un poder que debe revalidarse en cada instancia.

Se comienza a ejercer ese poder de lector mucho antes de la aparición de la letra escrita, incluso antes de la aparición de la palabra, cuando, desplegado el mundo delante de uno —o, mejor, revolcado uno en el mundo y con poca perspectiva a veces para contemplarlo— uno se las va ingeniando como puede para construir pequeños islotes de sentido, que no son grandes teorías, principios, cosmovisiones, ni siquiera conceptos o ideas, sino mucho más modestamente relatos. Relatos mínimos, pequeñas historias, al comienzo historias sin palabras, que uno mismo se va contando para encontrarse, mal que bien, algún lugar, para armarse un refugio en el gran desconcierto.

Confianzas

se sienta a la mesa y escribe

«con este poema no tomarás el poder» dice

«con estos versos no harás la Revolución»

dice «ni con miles de versos harás la Revolución» dice.

Juan Gelman

8

Con estas palabras, que humildemente vine a compartir con ustedes, no tomarán el poder, ni harán la revolución. Dejo estas palabras, como una herencia, para que tal vez encuentren nuevas respuestas a estas posibles preguntas. Parfraseando a Carlos Skliar, “Si la escritura es un trazo, ese trazo comienza en el otro, se vuelve letra en el otro, es el trazo de la letra del otro”.

Para finalizar, quiero traer a la querida Graciela Montes, quien cuenta en “La importancia de lo raro en la lectura”, que cuando le llega el turno al enigma del barquero (quien debía remar eternamente de una costa a la otra trasladando pasajeros sin poder abandonar la barca) dice el Ogro que la respuesta es muy fácil. Basta con que el barquero consiga que alguien suba a su barca. Que reme luego, como hace siempre. Al alcanzar la orilla, deberá saltar a tierra y dejar al otro con los remos en la mano. Es lo que pretendo hacer aquí, yo también, en este mismo momento, saltar de la barca y dejar que sigan remando ustedes.

La palabra y la honra

Cuando pienso en sus orígenes no logro imaginarlas sino es a la par, la una por la otra. Erguirnos en dos piernas, acercarnos al cielo, balbucearlo. Balbucear el cielo, transformar una piedra en herramienta, nombrar el mundo. Erguirnos, nombrarnos, erguirnos.

El mundo de cada uno empieza y termina con su lenguaje. Sin embargo no creo que se trate solamente de la cantidad de palabras que manejemos, del número de vocablos que seamos capaces de utilizar con acierto. Creo que se trata también del uso que hagamos del lenguaje.

Porque nuestras palabras pueden denotar, aludir, adornar, pero pueden también obrar, ungir, transformar. Y entonces, no será tan solo la profusión sino también la cualidad sagrada y generadora que le otorguemos al lenguaje lo que va a constituir nuestros universos individuales y colectivos. En fin, el verdadero límite de nuestros mundos estará dado por la mayor o menor concentración simbólica, la mayor o menor intensidad sagrada que impregne nuestro lenguaje.

Si cada palabra porta conocimiento, la palabra literaria lo porta doblemente, porque no hay un solo sentido en ella sino muchos. Porque la condición poética no solo engrosa los significados sino que genera significados nuevos.

Allí donde la poesía posa sus ojos una palabra pasa de ser “una unidad léxica” a ser un misterio. Una oración pasa de ser “una unidad sintáctica de sentido completo” a ser una selva, una ventana, un campo de batalla, un abrazo.

He dedicado gran parte de mi trabajo a los niños y a los jóvenes. Y a ellos quiero referirme brevemente.

Es habitual afirmar que la ciencia, la técnica y la política necesitan afianzarse en las nuevas generaciones. La palabra poética lo necesita también. Y hay mucho por hacer en este sentido.

Con seguridad, aquellos que de un modo u otro mediamos entre la literatura y los niños, entre la literatura y los jóvenes, tenemos la necesidad de leer, de pensar estrategias de lectura, de construir con los chicos un estante propio, un canon único. Pero creo que también nos hace falta pensar la palabra humana como un contacto privilegiado con el mundo.

Lo primero que debiéramos enseñarle a un niño es a honrar orgullosamente su lengua materna. Y cuando hablo de lengua materna no me refiero tan solo al español, al aimará, al quechua, al guaraní, al portugués... Nuestras lenguas maternas son nuestros linajes lingüísticos, la lengua

hogareña, la lengua que se cocinó en la ollas de nuestras casas. Porque no hay una solo español ni un solo guaraní; porque cada casa, cada barrio, cada madre es un dialecto.

Es urgente desandar el autoritarismo a la hora de pensar el lenguaje en la educación.

Respetar la voz que el niño trae y enseñarle a que la ame es el primer paso para luego acrecentarla, desplegarla, hacerla lucir. No es mancillando la palabra que lo hizo crecer como vamos a unirlo al caudal del lenguaje. Es, en cambio, celebrando ese puñadito de conceptos que trae en el fondo del bolsillo como podemos otorgarle voz, y que su voz sea un camino.

El primer valor que rescato en el arte es su conexión con el etos de la sociedad donde se produce. No creo en el arte desarraigado, solitario, excéntrico... Creo en el arte como parte constitutiva y excelente de la cultura, el arte que contribuye a darle a la sociedad donde se produce una dirección sensible y una razón de ser.

Creo en el arte que concilia las exigencias de la estética con la muy justa aspiración de los pueblos a mantener su identidad profunda.

Espero que el arte sublime la cultura popular y no que la abandone como si se tratase de una pústula.

Supongo, entonces, que el principal valor que debe sostener el arte es su posibilidad de actuar sobre lo real para incrementar en lo real la densidad ética y la estética.

La literatura concebida y reinventada dentro del cauce social al que pertenece incrementa la densidad de significados. La palabra literaria es más potente si trabaja sobre la matriz simbólica de la sociedad a la que está sujeta puesto que dicha sociedad posee las claves profundas para interpretarla. Y poseer las claves profundas para comprender un hecho artístico es establecer con el arte una comunicación real y transformadora.

Las palabras, el silencio y los símbolos, sustento de la literatura, no son una construcción ilustrada, no son resultado de la erudición... Es la cultura toda la que bombea ese caudal. Entonces, no usemos la providencial agua de la poesía para regar la maceta privilegiada del balcón señorial sino para regar los sencillos y sedientos campos del Señor y del ser humano.

En su libro, el Primer Hombre, inconcluso porque lo sorprendió la muerte, Albert Camus dice que vivió en la pobreza como en una isla rodeada por un foso, afirma también que el único puente posible para atravesarlo fue la escuela.

Y ahora anda rondando una palabra peligrosa: meritocracia. Un concepto que puede transformarse, según se utilice y se aplique, una gran vergüenza.

¿Quién no merece recibir palabras?

¿Cuáles son los requisitos para merecer educación? La educación no se imparte, se devuelve, la educación no es un acto de generosidad sino de justicia. Nos educó la especie humana, su sangre está en nuestros libros, su sudor impregna nuestras sutilezas, su trabajo sostiene las más elaboradas teorías.

¡Qué poco y nada deben saber aquellos que proclaman sus méritos y enumeran sus virtudes para acceder a la dignidad! ¿Nadie les contó que sin la prodigiosa tarea de todos y del tiempo, que sin la existencia de cada ser sobre este mundo, no serían posibles sus credenciales, ni sus impuestos al día, ni sus empresas?

Dicen que tenemos muchos y buenos jugadores de futbol porque los pibes tienen potreros.

También tenemos muchos y grandes escritores porque tenemos educación pública.

Con mi mayor amor y respeto, entrego este momento a la memoria de Aylan Kurdi, aquel niño sirio de tres años, que murió en la playa, escapando de la inhumanidad.

Lo hago porque en él están todos los niños. Lo tengo presente cuando escribo, y debe estar presente en nuestras aulas. Hasta que la poesía lo regrese, hasta que alguien llame “Aylan Kurdi” Y una voz responda, “Presente, maestra”.

Leído por Liliana Bodoc al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Cuyo.

18/05/2017